

La calle para el jueves 25 de septiembre de 2008
Diario de un espectador
El poder y la ciudad
Miguel ángel granados chapa

Desde que Echeverría convenció a no pocos intelectuales (o los engañó, según dijeron otros) de que era un demócrata y no quien se había encaramado a la Presidencia desde la tumba de los mártires de Tlatelolco, y sedujo entre otros a Carlos Fuentes, el laureado escritor ha estado cercano al poder, al presidencial particularmente. López Portillo, De la Madrid, Salinas y Zedillo buscaban su cercanía, creyentes de que el prestigio literario y la mundanidad del autor de *La voluntad* y la fortuna en algo beneficiaba su propia posición.

Además de esa relación en la vida real, la literatura de Fuentes se ha nutrido siempre con semblanzas de políticos, cuyo mundo le ha interesado siempre. En su nueva novela no faltan esos especímenes, a cuya cabeza figura el presidente Carrera, quien aparece en el siguiente pasaje de esa narración. Sus rasgos provienen de los de otros distintos y antagónicos jefes del estado mexicano, pero no como simple acumulación sino como materia prima que el escritor amasa para crear una identidad propia:

“—Hay que inventarse héroes y heredarlos —dijo Carrera acariciando las testas inocentes de los bronceados prohombres de la nación—. Hay que inventar ‘el año’ de algo que distraiga a la gente.

--Sin duda, dijo Jericó atrevido—La gente necesita distracción.

--École, continuó el presidente. Mire: --acarició las res cabezas, una tras otra—. A mi la Independencia, la Reforma y la Revolución me pasaron de noche. Yo soy hijo de la Democracia, fui electo y sólo le doy cuentas a mis electores. Pero, repito, no sólo de urnas vive la democracia, y aquí y en China hay que crear fechas memorables que a la gente le dé orgullo, memoria a los amnésicos y porvenir a los insatisfechos.

No dijo ‘he dicho’, pero hagamos de cuenta. Dice Jericó que le envió al Ejecutivo una sosegada mirada de interrogación.

--Las fechas conmemorativas nacen de fechas sin importancia —aventuró m amigo y se dio cuenta, andaba calando, de que al presidente no le gustaba que lo vieran desconcertado.

--O sea —continuó Carrera, que un presidente debe tener un hedonómetro. Jericó fingió cara de idiotéz. La vanidad presidencial fue restaurada.

--Hay que medir el placer, la felicidad, el gusto de la gente. Tu que eres tan culto —asomó su cola la ironía--¿crees que existe una ciencia de la felicidad? ¿Cuánta felicidad necesita el mexicano medio? ¿Mucha, poca, nada? Óyeme bien, te habla la voz de la experiencia, ¡faltaba más!

Aunque la mirada era la de la saña más perversa.

--Este país ha vivido siempre en la miseria. Desde siempre, una masa de chingados y encima nosotros, una minoría de chingones. Y créeme, Jero, si queremos que todo siga así, hay que hacerles creer a los jodidos que aunque estén jodidos son más felices que tu y que yo”

Además del poder, la ciudad de México es foco de atracción para Fuentes. Por eso su primer libro recogió en el título una de las más célebres expresiones de Alfonso Reyes, impresa en su *Visión de Anáhuac*: Viajero, has llegado a la región más transparente del aire, palabras que aparecen de nuevo en su ya celebrada novela:

“Me bastaba mirar fuera del coche el vasto desierto del Anillo Periférico, una prefiguración del entierro que nos espera si no optamos, primero, por convertirnos en ceniza. Inmolados al cabo, morimos en el circuito de cemento que refleja y celebra una nueva ciudad, que se ha despojado de su piel antigua, su sensualidad lacustre, su ígnea sacralidad, desplazada primero por otra belleza, barroca, nombre de la perla más preciada, la joya deforme de la ostra nonata que la ciudad de México ostenta en su segunda fundación...Sepulturas pacientes y aguas desterradas abriéndose en avenidas de pirul y sauce, ascendiendo en montes de pino y nieve, autoproclamándose región la más transparente”.